

La Orden Circular que el Excelentísimo Sr. Gobernador Civil de la Provincia dirigió a los señores Alcaldes con motivo de la pasada Asamblea Turística organizada por el Fomento del Turismo de Gerona, ha dado ya sus primeros frutos. La mayoría de los Ayuntamientos de la provincia han aprovechado ya las instrucciones de la nueva ordenación para reparar todo aquello que, referido al decoro ciudadano, los días habían castigado con toda suerte de inconciencias y desidias.

Pese a tan bello ejemplo, triste es consignar esa especie de apatía que al particular invade a nuestras esferas locales en un asunto que, para la ciudad, debe merecernos las máximas atenciones.

A pesar de que la meritada Circular es tajante y contundente en todo el articulado de sus preceptos, dando a la Autoridad local atribuciones muy claras y expeditas, sentimos hoy, a los dos meses de su promulgación, tener que registrar en este comentario que nada se ha hecho en la ciudad para corresponder la gracia que debía representarnos ese magnífico documento que la Dirección General del Turismo acaba de remitir a las demás provincias españolas para que lo tomen como norma y como ejemplo.

Al cabo de 68 días transcurridos desde el que la instrucción fué dictada, continúa la ciudad sin adcentar sus fincas y fachadas en ruina, sin poner en orden las carteleras de anuncios, sin quitar los rótulos carcomidos de algunos establecimientos, en fin, de todo aquello que dispuesto por la Circular de referencia en su treintena de capítulos, daría a nuestra ciudad el carácter de ciudad alegre, decorosa e higiénica, dotándola, aunque no sea más que por propia dignidad, de aquellas condiciones de belleza y salubridad que forzosamente debe reunir cualquier núcleo que se precie de turístico.

ANCORA

SAN FELIU DE GUIXOLS, 24 DE AGOSTO 1950

Retorno a la prisa

7 DIAS

Hace unos días tuve ocasión de presenciar un fin de «fin de semana» colectivo. Por una feliz coincidencia de fechas el susodicho remate de semana se había prolongado un par de días más. El tren, en la noche ya algo fresca de Agosto, silbaba como una bestia herida a lo largo de la costa, zarandeando las muchas toneladas de carne humana apretujada en los vagones. Nadie podía apenas moverse, entre el amasijo informe de maletas, mochilas, tiendas, sartenes y paquetes de mantas. A la mortecina luz de aquellos vagones y entornando un poco los ojos, los centenares de ciudadanos de la capital catalana que después de unos días en las playas volvían a sus agujeros de la urbe, con sus rostros alargados y la piel escoñida, cuando no dormitando sobre la espalda o el regazo inmediatos, semivestidos, desgreñado el pelo, se me antojaban una caravana más de esos refugiados que los alucinantes tiempos que malvivimos han puesto en primer plano de la actualidad.

Porque es lo cierto que eran dignos de lástima. Aquellos trabajadores barceloneses regresaban de su oxigenación anual para hundirse de nuevo en la rutina que prosifica sus vidas y contra la cual nada puede hacerse que no parta del propio corazón. Y la vida de la gran capital insensibiliza este corazón, con sus innumerables ataques al más elemental sentimiento: el de la propia personalidad. Mañana aquellos hombres y mujeres abandonarían la ilusión de libertad de que habían gozado en las horas de playa o de bosque, para someterse de nuevo al tirano Tiempo, el del reloj, su majestad el segundo; pasarían a ser un número más en el millón y pico de números amontonados...

Ahora sus movimientos eran lentos y cansinos. Aprovechaban las últimas horas de abandono que les restaban. Pocas eran las

conversaciones y menos aun las risas y canciones. Algunas familias ocupaban compartimientos enteros. Pensé en lo afortunados que eran: la familia de la capital raras veces puede estar reunida ni aun en el solaz, y cuando no es la exigencia del trabajo diverso de sus miembros, es la misma evolución de la vida moderna que ha separado a padres e hijos como nuestros mayores no hubieran podido ni sospechar. Familias conozco cuyos componentes —que no conviven en el hogar más que en las horas de las comidas— los días festivos se dispersan al llegar la tarde, perdiéndose con ello una garantía última de cohesión social. Y cuando les llegan las vacaciones no coinciden jamás las de unos con las de otros...

En esto, arribó el tren a la estación. Prodújose en el acto un revuelo insospechado. Apoderóse de todos los componentes del tren una desazón cual si se produjera una alarma aérea o hubiérase prendido fuego al vagón. Los más impacientes saltaron por las ventanillas; las sartenes caían al andén con sonoro tañido. Es que la realidad cruel había dejado oír su rugido. Estábamos ya en el reino de la prisa y había que ir deprisa: mañana se empezaba de nuevo la lucha. Y todos se lanzaron a la caza del tranvía y del Metro. La estación quedó vacía en pocos minutos.

Bajo las estrellas, en la plaza, marchaba yo cansinamente hacia mi destino. Y la mente me voló rauda hacia una pequeña ciudad donde el imperativo de la prisa no tiene su asiento, aunque la labor sea dura. En la quieta noche —era la hora harto avanzada— me pareció percibir su superior silencio, realzado más que combatido, por el eco de una sardana.

J. V. A.

RELIEVE DE LA SEMANA TORMENTA

Empezaba la noche a recoger su endrina cabellera en la madrugada del jueves, cuando las recias nubes que hacía rato peleaban entre sí en el horizonte, fueron conducidas a latigazos hasta nuestro cenit.

La lucha fué épica. Retorcíanse los nimbos con semblante hosco y se azotaban incesantemente entre sí con serpientes de fuego. Braídos de ira y de amenaza retumbaban por las calles y hacían temblar los cristales de las ventanas. Daba la impresión de que la ciudad estaba rodeada de miles de fotógrafos que encendían sus luces de magnesio para tomar instantáneas del suceso.

Pronto empezaron las nubes a deshacerse en torrentes de lágrimas; en cortina ácuea envolvieron el paisaje y por si fuera poco, descargaron su ira apedreando la comarca. Se hincharon las reseca arterias de los torrentes; fango, cañas, piedras, ramas y hortalizas se aventuraron por el tobogán de las cunetas hasta dar de narices contra la puerta de algún pacífico ciudadano el cual, en pocos momentos vió trocada la planta baja de su casa en inmundada piscina cuando no en cauce improvisado de un impetuoso riachuelo. Las calles de San Ramón, San Roque y adyacentes emularon al Gran Canal de Venecia con harto disgusto de los soñolientos vecinos que despertaron con sobresalto. En la Rambla Vidal, los pobres pajaritos que buscan consuetudinario refugio entre las ramas de los árboles, vieron truncado su sueño por una monstruosa y prolongada pedrionada. Muchos cayeron exánimes en la calzada y otros, maltrechos, agonizaron en manos de alguien que pudo constatar por su cuenta la eterna verdad de los refranes y en particular del que dice: no hay mal que por bien no venga.

Nuestros apocados electrones que en cuanto huelen la tormenta empiezan a temblar y a agarrarse obstinadamente en la palanca de seguridad, se portaron heroicamente pues sucumbieron con honor después de duros contraataques.

Cuando las canales, cansadas de vomitar agua, pudieron tomarse un respiro, giraron los goznes y fallebas y por la calle hubo exhibición de pijamas y camisas de dormir. El tema preferido de la jornada fué el relato de las anéc-